

El principito



QUITO-ECUADOR

El principito
Antoine de Saint-Exupéry ©

Primera Edición-CCE-2022



Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión
Dirección de Publicaciones
Avs. Seis de Diciembre N16-224 y Patria
Telfs.: 2 527440 Ext.:138/213
www.casadelacultura.gob.ec
Quito-Ecuador

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

EDICIÓN ILUSTRADA

El principito



PUMAMAKI
CLÁSICOS
INFANTILES
— 2022 —



PRÓLOGO

La Colección PumaMaki (*mano de puma*, en kichwa) está pensada para las nuevas personas lectoras, quienes podrán recorrer las obras más importantes de la literatura universal, en ediciones completas e ilustradas, a precios asequibles. El amor por la lectura comienza en compañía de personajes memorables, que se han transformado en referentes de la cultura popular, mezclándose en el imaginario de las lectoras y lectores principiantes.

Ofrecemos a nuestras niñas, niños y jóvenes una selección minuciosa de libros, que arranca con *Las aventuras de Pinocho* (1883), del italiano Carlo Collodi. En la colección desfilarán autores de todas las épocas, sin que importe su nacionalidad y sin que sea un limitante el género literario. Así transitaremos por los caminos de Liliput —transformados en gigantes— junto al capitán Gulliver. Contemplaremos la sabiduría del Principito durante su recorrido por la Tierra. Nos perderemos en el País de las Maravillas buscando el agujero del conejo, al lado de Alicia... También nos internaremos en las profundidades de la selva, la montaña, el mar, acompañados de animales que hablan, dioses, duendes y demonios, para confrontar las propias leyendas, es decir: nuestro origen.

Las aventuras de Pinocho ha sido traducido a más de 250 idiomas y dialectos (incluido el braille) y es uno de los libros más vendidos de todos los tiempos. Las adaptaciones cinematográficas que se han realizado son conocidas de forma generalizada, así como las peripecias de aquel muñeco

de madera que cobra vida. A través de su dedicación a la escuela y al trabajo, termina por transformarse en un niño de carne y hueso, a pesar de que antes le crezca la nariz, le salgan orejas de burro, se una a un circo de marionetas, vuela sobre una paloma gigante, o se transforme en un perro guardián.

Las adaptaciones que existen sobre la historia de Pinocho son innumerables. Sin embargo, el texto original las supera con creces, porque se adentra en los matices de las tentaciones por las que debe circular la población infantil, antes de que se adapte a las responsabilidades que debe afrontar durante su crecimiento. Entregamos a las personas lectoras de todas las edades esta obra maestra, la cual no ha sido mutilada o endulzada, según los parámetros de Disney, ni de ninguna otra industria dedicada al entretenimiento. Es nuestro homenaje a la infancia y a la juventud, porque la curiosidad, el juego y la alegría son las características de este periodo de nuestras vidas.

FONDO EDITORIAL CCE



A LEÓN WERTH



Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona mayor. Tengo una seria excusa: esta persona mayor es el mejor amigo que tengo en el mundo. Tengo otra disculpa: esta persona mayor es capaz de comprenderlo todo, hasta los libros para niños. Y tengo aún una tercera disculpa: esta persona mayor vive en Francia donde pasa hambre, frío y tiene gran necesidad de ser consolada. Si no fueran suficientes todas estas razones, quiero entonces dedicar este libro al niño que fue, en otro tiempo, esta persona mayor. Todas las personas mayores han sido antes niños (pero pocas de ellas lo recuerdan). Corrijo, por consiguiente, mi dedicatoria:

A LEÓN WERTH
cuando era niño



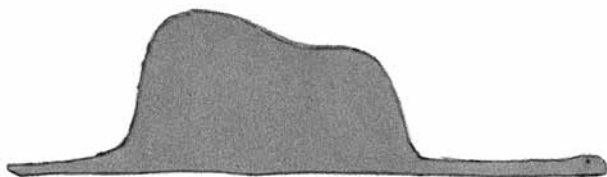
I

Cuando yo tenía seis años vi en el libro sobre la selva virgen que se titulaba *Historias vividas* una magnífica lámina. Representaba una serpiente boa que se tragaba una fiera. Esta es la copia del dibujo.



En el libro se afirmaba: «La serpiente boa se traga su presa entera, sin masticarla. Luego ya no puede moverse y duerme durante los seis meses que dura su digestión».

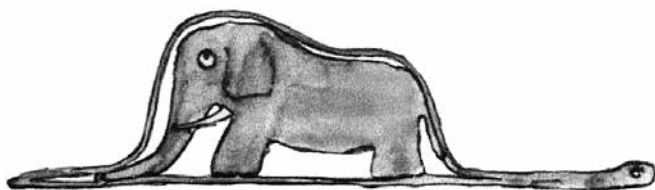
Reflexioné mucho en ese momento sobre las aventuras de la jungla y logré trazar con lápices de colores mi primer dibujo. Mi dibujo número 1 era de esta manera:



Enseñé mi obra de arte a las personas mayores y les pregunté si mi dibujo les daba miedo.

—¿Por qué habría de asustarme un sombrero? —me respondieron.

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una serpiente boa que digiere un elefante. Entonces dibujé el interior de la serpiente boa para que las personas mayores pudieran comprender. Los mayores siempre tienen necesidad de explicaciones. Mi dibujo número 2 era así:



Las personas mayores me aconsejaron abandonar el dibujo de serpientes boas, fueran abiertas o cerradas, y poner más interés en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. De esta manera, a la edad de seis años abandoné una



magnífica carrera de pintor. Había quedado desilusionado por el fracaso de mis dibujos número 1 y número 2. Las personas mayores son incapaces de comprender algo por sí solas y es muy fastidioso para los niños darles explicaciones una y otra vez.

Así, tuve que elegir otro oficio y aprendí a pilotear aviones. He volado un poco por todo el mundo y, en efecto, la geografía me ha servido mucho; al primer vistazo puedo distinguir perfectamente China de Arizona. Esto es muy útil, sobre todo si se pierde uno durante la noche.

A lo largo de mi vida he tenido multitud de contactos con multitud de gente seria. Viví mucho con personas mayores y las he conocido muy de cerca, pero esto no ha mejorado demasiado mi opinión sobre ellas.

Cuando me he encontrado con alguien que parecía un poco lúcido, he ensayado la experiencia de mostrar mi dibujo número 1 que he conservado siempre. Quería saber si era verdaderamente un ser comprensivo pero siempre contestaban: «Es un sombrero». Me abstenía entonces de hablarles de la serpiente boa, de la selva virgen y de las estrellas. Poniéndome a su altura, les hablaba de su mundo: del bridge, del golf, de política y de corbatas. Y la persona mayor quedaba contentísima de conocer a un hombre tan razonable.



II

Viví así, solo, sin alguien con quien poder hablar verdaderamente, hasta hace seis años cuando tuve una avería en el Sahara. Algo se había estropeado en el motor de mi avión. Como viajaba sin mecánico ni pasajero alguno, me dispuse a realizar yo solo una reparación difícil. Era para mí una cuestión de vida o muerte, pues apenas tenía agua de beber para ocho días.

La primera noche me dormí sobre la arena, a unas mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. Estaba más aislado que un naufrago en medio del océano. Imagínense, pues, mi sorpresa cuando al amanecer me despertó una voccecita que decía:

—¡Por favor... píntame un cordero!

—¿Eh?

—¡Píntame un cordero!

Me puse en pie de un brinco y frotándome los ojos miré a mí alrededor. Descubrí a un extraordinario muchachito que me observaba gravemente. Ahí tienen el mejor retrato que más tarde logré hacer de él, aunque reconozco que mi dibujo no es tan encantador como el modelo. Pero no es mía la culpa. Las personas mayores me desanimaron de mi carrera de pintor a la edad de seis años, y no había aprendido a dibujar otra cosa que boas cerradas y boas abiertas.

Miré, pues, aquella aparición con ojos redondos de admiración. No hay que olvidar que me encontraba a unas mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. Y ahora bien, el muchachito no parecía ni perdido ni muerto

de cansancio, de hambre, de sed o de miedo. No tenía la apariencia de un niño perdido en el desierto a mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. Cuando logré, por fin, articular palabra, le pregunté:

—Pero... ¿qué haces tú aquí?

Y él respondió entonces suavemente, como algo muy importante:

—¡Por favor... píntame un cordero!

Cuando el misterio es demasiado impresionante, es imposible desobedecer. Por absurdo que aquello me pareciera,

